

Los Jinetes  
del Alba



Primera edición en REINO DE CORDELIA, abril de 2016

Edita: Reino de Cordelia  
www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española  
© Reino de Cordelia, S.L.  
Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B  
28016 Madrid

© Herederos de Jesús Fernández Santos, 1984

Ilustración de sobrecubierta: © Miguel Navia, 2016  
Cubierta: Imágenes promocionales de la serie de TVE *Los jinetes del alba*, 1991

IBIC: FA  
ISBN: 978-84-15973-67-6  
Depósito legal: M-10420-2016

*Diseño y maquetación:* Jesús Egido  
*Corrección de pruebas:* Pepa Rebollo

Imprime: Gráficas Zamart  
Impreso de la Unión Europea  
Printed in E. U.  
Encuadernación: Felipe Méndez

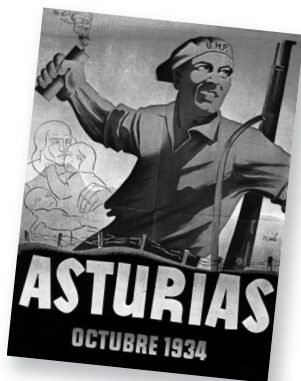
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# Los Jinetes del Alba

Jesús Fernández Santos



# Índice



Prólogo	9
I	15
II	21
III	25
IV	33
V	43
VI	57
VII	65
VIII	75
IX	83
X	93
XI	107
XII	115
XIII	127
XIV	143
XV	151
XVI	157

XVII	161
XVIII	169
XIX	177
XX	189
XXI	205
XXII	217
XXIII	223
XXIV	231
XXV	239
XXVI	245
XXVII	257
XXVIII	267
XXIX	273
XXX	283
XXXI	293
XXXII	305
XXXIII	317
XXXIV	329
XXXV	341
XXXVI	353
XXXVII	363

# Prólogo

EN FEBRERO DE 1984, con motivo de la publicación de *Los jinetes del alba*, Jesús Fernández Santos declaraba a Juan Cruz, que cuatro años más tarde le daría periodística sepultura en la sección Obituario del diario *El País*, que en esta novela «van recuerdos de niño, vivencias posteriores, historias que escuché y personajes que marcaron el curso de mis días, de unos años a los que de cuando en cuando vuelvo en busca de un tiempo no sé si ganado o borrado y perdido».

Fernández Santos regresaba a un territorio próximo al de su primer libro, *Los bravos* (1954), la montaña asturleonés donde nació su padre y a la que él estuvo ligado siempre gracias al molino familiar de Cerulleda (León), donde llegó a pasar algunas temporadas. La época tampoco le era ajena, los albores de la Guerra Civil, desde el estallido de la revolución de octubre de 1934 hasta el golpe de Estado militar del 36. Toda su generación se formó en las miserias de aquel conflicto, que derivó en una posguerra mezquina y miserable, denunciada en

muchas novelas de los narradores de la Generación de los Cincuenta, porque por entonces cuando los periódicos no tenían capacidad ni voluntad para hacerlo.

En la entrevista concedida a Juan Cruz, el periodista le pregunta por el amor, como símbolo «que últimamente resulta más recurrente en su obra».

—Como se ha dicho tantas veces —responde Fernández Santos—, el amor se halla siempre en el fondo de las cosas, es decir, de la vida en las grandes y pequeñas historias. El amor de cualquier índole, en especial entre mujer y hombre, surge en la vida y en el arte como razón principal, más real cuanto más humano, abarcando fórmulas y actitudes diferentes. Quizá por ello resulte un término tan vago capaz de abarcar a la vez las aventuras del marqués de Sade, las travesuras de nuestro arcipreste [de Hita], la sombra de Teresa de Jesús, a la vez que los tratos de Melibea y Celestina.

Realismo social, recuerdos de infancia, Guerra Civil y el amor en sus múltiples vertientes son los ejes centrales de *Los jinetes del alba*, sin duda una de las grandes novelas de la literatura española contemporánea, reeditada constantemente en Francia e injustamente olvidada en España por esa moda editorial corrosiva de atender a la paja ajena en vez de ocuparse de la viga propia.

En un balneario asturiano, próximo a la montaña donde pastan los caballos asturcones, Martín, un joven sin más oficio que el de pastorear las yeguas, calienta la cama de la dueña, a la vez que se enamora de Marian, hija del ama de llaves. En este universo, donde no faltan señoritos, una familia protestante —que remite al asunto principal del *Libro de la memoria de las cosas* (1971) con el que Fernández Santos ganó el Pre-

mio Nadal—, un santero apegado a la magia ancestral y al sincretismo cristiano, la injusticia y el dolor, Martín apuesta por la revolución de octubre de 1934, prelude de la posterior Guerra Civil, que será aplastada rápidamente por la República pero dejará graves heridas mal cerradas. Novela coral, los personajes evolucionan sin más aliento moral que el del factor humano, y ofrecen el fresco de una época no tan lejana que supuso un tajo en la historia de España, una involución que tal vez aún no haya sido superada.

Llevada al cine por Vicente Aranda en 1991, en una superproducción televisiva donde —norma de la casa— acentúa y exagera los tintes eróticos, muchos de ellos inventados por el cineasta, *Los jinetes del alba* es una novela apasionante, que se agranda con el paso del tiempo, ajena a corrientes y modas, porque, en palabras de Rafael Conte<sup>1</sup>, «Jesús Fernández Santos no se ajustaba a ningún programa, rechazaba cualquier dogma y solo era fiel a su propia vocación: la de describir una realidad silenciada, oculta, acaso miserable, pero también la más vital, la más personal, interior y constructiva al fin y al cabo».

EL EDITOR

---

<sup>1</sup> «Homenaje de los escritores del cincuenta a Jesús Fernández Santos», por Rafael Conte. *El País*, 20-XII-1989.



Se diría que un heroísmo sin objeto y sin empleo ha formado a España: se levanta, se yergue, se exagera, provoca el cielo, y este, a veces, para darle gusto, se encoleriza y contesta con grandes gestos de nubes, pero todo queda en espectáculo generoso e inútil.

*Carta de Rilke a Rodin*

Diciembre 31 de 1912

# I

**B**AJO LA VAGA LUZ DEL ALBA, el caballo se detuvo. Su breve alza-da le hacía parecer más pesado, dejándole apenas asomar la cabeza sobre el bosque de piornos y jara. Quizás por ello nadie oyó tampoco su leve trote, casi tan suave como el sedal castaño de sus crines. Solo abajo, frente a las Caldas, junto a la carretera, donde el agua caía cálida y reposada, el joven celador, atento al ir y venir de la manada, se asomó a la ventana de la alcoba esperando el rosario de sombras que tras aquella primera no tardaría en aparecer.

Como siempre, acertó. Allí llegaba, empujada por el duro estiaje que, una vez agotados los altos manantiales, hacía bajar a los animales hasta las húmedas orillas del río. Ahora debía buscar en aquel mar de grupas escuálidas el hierro del ama, reunir los que pudiera hallar y devolver a la sierra lo que en cierto modo era también suyo.

Aún soñoliento recordaba las historias que el hermano del ama solía contar en sus visitas desde la capital para matar en breves plazos el calor del verano, enzarzado en partidas de bris-

ca con el médico o el capellán que acudía en los días festivos. En su opinión, los caballos del monte no bajaban huyendo de la sed o el hambre, sino obligados por el aguijón de invisibles jinetes que eran tres sobre todo: vida, pasión y muerte. El primero, cubierto con un blanco airón, el segundo, de rojo terciopelo; el postrero, sin rostro ni color, blandía el puño amenazando al cielo.

Así se los imaginaba el celador también cada vez que la cólera del viento traía su rumor como de lejana marejada. Más allá del monte se abría paso la brisa cálida o helada recorriendo caminos labrados a lo largo de siglos por el ímpetu bravo de las aguas. Un día, tiempo atrás, el valle entero, desde la ermita del santero vecina de las nubes hasta los caseríos bajos, hirvió en busca de escondidos tesoros, en un sonar constante de picos y andenes. Fue suficiente que la reja de un arado sacara a la luz lo que en tiempos debieron de ser collar y diadema de una reina, para que todos, chicos y grandes, buscaran su parte de botín a fuerza de cavar tierras propias y ajenas. El valle entero se llenó de sueños de cortejos reales, de oro y plata, de espadas y puñales, y aun los mismos caballos parecieron crecer de la cruz a los cascos. La gente del valle intentó penetrar en la montaña, abrirse paso a golpes de pasión como en el cuerpo de una antigua amante, mas la caliza resistió bajo sus sábanas de helechos cerrándoles el paso de su oscura veta.

Cuando el eco de los golpes cesó definitivamente, volvieron el silencio y la humedad a las secretas galerías; mas, como predicaba el santero anterior, el hombre sin codicia no se tiene por hombre, y un nuevo modo de medrar vino a anidar al pie de aquellas paredes. Fue quizás alguna res curada en sus manantiales cuando ya se le daba por perdida, aquel fluir de nieve lo que sir-

vió de medicina. El caso es que de nuevo volvió la fe a la montaña, aunque esta vez solo beneficiara a una familia. Rodeando el manantial se alzó una primitiva fonda de dos pisos con comedor y alcobas y un complicado mecanismo de tubos y calderas gracias al cual se conseguía dar presión al agua para llenar los baños o lanzarla sobre el cuerpo de los enfermos ateridos.

En el vecino Arrabal se contrató celadores y criadas que, unas veces a las órdenes de una gobernanta y otras del ama en persona, mantenían la casa en orden o ayudaban al médico cuando era preciso vestir o desnudar aquellos cuerpos ya poblados de grietas y de canas. Apenas el paciente se apeaba del coche con el polvo aún cubriéndole la ropa, escuchaba el doctor su confesión, síntomas y dolores, para después tomarle la tensión y aplicarle tratamiento adecuado. Se le asignaba una habitación en el mismo edificio o en las casas fronteras desde una de las cuales el joven celador atisbaba ahora a los caballos.

Dentro en las habitaciones de las Caldas, en bañeras ya comidas en parte por el óxido, desde muy temprano, las curas comenzaban. Era preciso darle presión al agua, ayudar a los débiles, rociar con chorros de manguera sus piernas y doloridos brazos, obligarles a beber, sorbo tras sorbo, aquel zumo a la vez turbio y amargo.

Aquel día, de mañana, una voz apartó al joven celador de uno de los baños.

—Tú, Martín, deja eso que tienes entre manos ahora. Ha dicho la señora que vuelvas a subir los caballos al monte.

Solo entonces cayó en la cuenta de que aún debían andar en el jardín quizás dispuestos a pastar en él. Dejó en manos del recién llegado el viejo tubo de goma y, olvidando al paciente y sus zurcidos calzoncillos de bayeta amarilla, salió camino del

pilón que en tiempos de sequía servía como abrevadero. Allí los encontró como siempre a punto de estallar el vientre por el agua bebida. Montó el primero que le vino a mano y arreó por delante a los demás. Cruzando ante las últimas casas, de improviso un destello rojo y dorado se alzó en uno de los tejados próximos como una lengua cárdena envuelta en una nube de humo. El caballo de Martín hizo un extraño golpeando al jinete contra el muro cercano entre un fragor de maderas y cristales. Martín, por su parte, olvidó los caballos. Conocía bien aquellos fuegos del estío capaces de acabar en un instante con enteros caseríos y por ello, apenas sin pensarlo, volvió aprisa a las Caldas. La primera en asomarse fue el ama, quizás arrancada del sueño; luego la explanada se llenó de órdenes, criadas apresuradas y hombres con calderas de cobre que, como en una estrategia aprendida de antiguo, formaron una cadena a través de la cual llevar el río sobre los muros encendidos.

Cuando por fin el humo desapareció, el tejado de la casa volvió a surgir reducido a una negra osamenta. Una mujer, tras comprobar los daños, colocó una mesa ante la puerta a su espalda:

—Marian. Saca vino a estos hombres.

A poco apareció en el umbral una muchacha trayendo consigo una garrafa.

—Tu madre quiere emborracharnos —murmuró alguno tras del quinto vaso; mas la mujer no le oyó en tanto calculaba las pérdidas rodeada de un corro de chicos. Y como para ellos no había escuela ni trabajo tampoco, al punto el círculo se deshizo dejando la plaza vacía.

Ya Martín iba a juntar otra vez la manada cuando le fue preciso detenerse. A sus espaldas alguien susurraba su nombre. Se acercó hasta la puerta donde la voz había nacido y, empujan-

do el postigo, descubrió en la penumbra unos ojos que luchaban por abrirse paso en las tinieblas.

—¿Quién anda ahí? —preguntó en la oscuridad.

Nadie respondió. El cuarterón del postigo se fue cerrando suavemente y Martín, tras una postrer llamada inútil, empujó a los caballos hacia el monte camino de sus secos pastos donde engañar el hambre. A su vuelta todo era silencio en torno de la casa quemada; frente a ella se detuvo largo rato, mas solo llegó a escuchar el despertar del Cierzo y la llamada oscura de los grajos.

Incluso el río parecía detenido entre los recios álamos, lo mismo que la capilla con su campana inmóvil en lo alto.

Y, sin embargo, alguien entre aquellas paredes había susurrado su nombre, una voz afilada como el viento, capaz de abrirse paso hasta el mismo jardín. Se preguntó de quién sería, por qué callaba sin fuegos ni testigos ahora, mas resultaron inútiles sus llamadas discretas a las ventanas. Nadie respondió, por lo que emprendió de mala gana el camino de las Caldas dispuesto a comenzar las faenas del día.

## II

MARIAN NO SE LLAMA Marian, sino Ana María. Ella misma se ha vuelto a bautizar así y hasta su madre, que es parienta cercana de la señora de las Caldas, la llama por su segundo nombre cuando torna a casa rendida de bregar dando lustre a pasillos o arreglando camas. Una y otra se parecen aunque Marian tenga el pelo más oscuro y un cuerpo en el que se adivina la semilla del padre perdido tiempo atrás para la madre, ajeno a su casa y cama.

La madre, en cambio, aun ajada por tantas horas de trabajo, conserva todavía, bajo su ropa remendada, recuerdo de tiempos mejores vividos entre el amor y la abundancia. A ratos, en tanto prepara la cena de ambas, un suspiro profundo le obliga a hacer un alto. No hay marido ni hombre alguno en la casa, tan solo Marian y los enfermos que a lo largo del día a veces la espían quizás para tener después con quien llenar sus sueños.

A medianoche, en ocasiones, se desliza en silencio de la cama para asomarse a ver la amanecida que a veces la consi-

gue hacer dormir. Es la hora en que los grajos comienzan su torpe algarabía, cuando la luna y su rebaño se borran poco a poco empujados por el brillo cada vez más encendido de la aurora.

Con un hombre en casa tales insomnios no la asaltarían, pero los más cercanos son los que vagan por el balneario rodeados de blancas fumarolas o el médico que mide el tiempo de sus vidas en su pulso y fiebre o en los libros que tapizan su cuarto. También hay algún que otro celador al acecho del cuarto en el que las mujeres se lavan o cambian; incluso suele espiar a Marian con ojos risueños repletos de promesas que a más de una han hecho vacilar y aceptar el camino de las sábanas.

—Tú un día no te escapas —murmura a su oído a veces—. Voy a enseñarte algo bueno que no conoces, muchacha.

Marian calla y recuerda viejas historias que oyó contar acerca de su madre, de otros hombres que pasaron por ella, amores de todo un verano, huéspedes trashumantes a los que era preciso servir el desayuno en la alcoba, nunca con celadores, pues por algo es prima hermana de la dueña y no estaría bien visto, lo mismo que si Marian trabajara allí.

—Mientras pueda ganar para las dos, tú te quedas en casa.

Como si no supiera defenderse, plantar cara, bregar en la cocina, fregar muros tan viejos como el río o aguantar el rancio olor de la lejía que devora las entrañas de la ropa. Solo cuando el servicio comienza a faltar, en otoño, cede la madre.

—Más adelante se verá.

—En invierno lo cierran todo. ¿Qué voy a hacer ahí dentro yo?

En verano la madre se sigue negando, y eso que no conoce al celador ni sus palabras, o quizás las adivina y solo se trata de cubrir las apariencias.



Mientras tanto, noche tras noche, el tiempo pasa lento, solamente apresurado cuando es preciso devolver al monte los caballos. Así conoció a Martín, conduciendo su recua entre los bosques de avellanos. Marian andaba en busca de retamas y descubrió en un claro el polvo que tras sí dejaban una hilera de cascos. A Martín le había visto ya otras veces desde que llegó para curarse un mal de huesos pagándose médico y tratamiento con trabajo y cama.

—Este año, ¿no se va tu señora? —le había preguntado Marian.

—Este año se queda hasta el otoño; el administrador se despidió y tiene que llevar las cuentas ella.

—Y el hermano, ¿no viene?

—A ese no le hables de números. Le importan otras cosas.

—¿Qué cosas, por ejemplo?

—Un par de buenos muslos —respondió Martín riéndose.

—Y tú, ¿cómo lo sabes?

—Como todos, no hay más que ver cómo mira a las criadas. Del pelo a las enaguas, no se pierde detalle.

Había en su voz, en su tono de burla, algo que hizo pasar en blanco muchas noches a Marian. También, a sus oídos, otros solían murmurar tales cosas, mas pronto se borraban como aquella nube de dorado polvo que a los dos envolvía ahora. Con la manada reunida, preguntó Marian a Martín:

—¿Dónde los llevas?

—Donde siempre, donde más tarden en volver a bajar. Este año va a secarse hasta el río.

—Van a tener que sacar al santo.

—¡Como no saquen a ése! —volvió a reír por lo bajo Martín, señalando con un ademán la cresta de un vecino barranco.

Allí colgada aparecía la ermita del santero contratado por el Arrabal.

—Total a él poco le costaba echar mano a unas cuantas nubes. Solo alargar el brazo. Además, para eso se le paga, ¿no? —volvió a reír y de nuevo preguntaba—: ¿Qué?, ¿te vienes conmigo?

—¿Adónde?

Antes de responder, abarcó el horizonte con el brazo.

—Por ahí.

Marian dudó un instante; ahora, con el camino despejado, se alcanzaba a distinguir abajo la blanca mole de las Caldas frente al Arrabal.

—Entre ir y volver se me va la mañana.

—¿Y qué? Tu madre nunca come en casa.

—Pero yo sí —y luego, sin negarse del todo, añadió—: Otro día será.

Tratando de olvidar sus palabras, desvió la mirada. Abajo, junto al río se destacaba el balneario con su capilla al lado y las modestas casas de color de la tierra. La corriente envolvía el jardín y la terraza; incluso el baño de la infanta sin nombre, tan famosa en los alrededores como su estanque brillando entre los sauces como un lecho de plata. A aquella hora, desde lo alto del monte, infanta o reina tanto daba; nada quedaba de ella salvo el rastro indeleble de su fama. Incluso su baño cada cual lo imaginaba a su manera: unos a solas, otros rodeada y defendida de criados, toda blanca, desnuda, bajo la luz opaca de la luna.

### III

TAL Y COMO todos se temían, aquel duro estiaje acabó con los rebaños en los altos. Incluso los que cada año venían de lejos con sus mastines y merinas volvieron a poner en pie viejas historias. Cierta mañana despertó el Arrabal bajo la sombra de grajos y milanos. Se les veía trazar sus círculos por encima de la ermita.

—Será el santero que murió —murmuraron los del Arrabal.

—¡Qué cosas tienes tú!

—O algún caballo que se perniquebró. Mejor subía el dueño a rematarlo.

—Yo, en cambio, estoy tranquilo. No tengo animales en el monte.

—Entonces será de la señora.

Pero no se trataba de ningún caballo. Antes que los del Arrabal coronaran la cuesta de la ermita, ya el santero salía a su encuentro agitando los brazos en el aire.

—¡Jesús bendito, qué escabechina! Este es un año de desgracias.

El grupo, siguiendo el rumbo que indicaba, no tardó en descubrir la hecatombe. Una aguda quebrada se había convertido a la vez en corral y matadero. Sobre un montón de cordeiros se cernía la sombra de dos buitres en tanto los grajos se disputaban entre sí con saña buches, ojos y patas alzando en el aire una nube de rojos vellones.

—¡Qué animales más necios! —clamaba el santero—. Perdió uno el pie y los demás fueron tras él. Todo por culpa de la seca y, por si fuera poco —añadió mostrando el cielo a sus espaldas—, con esos dos bandidos acechando.

Pero nadie se fijó en las sombras que se cernían cada vez más bajas, cruzándose sin llegarse a posar sobre el mar de ovejas muertas, como una pareja real a la espera de su festín trinchado y servido.

—¡Cuánta carne perdida! —se lamentó el santero a media voz—. Se daba de comer a un pueblo entero.

—Y a nosotros, ¿quién nos saca adelante? ¿O vivimos del aire? —preguntó airado uno del grupo.

—Se vive de lo que se puede, amigo —medió uno hasta entonces silencioso—. De todos modos, habrá que sacar a subasta los despojos. Lo demás que se lo lleve quien lo quiera.

El santero, sin esperar a más, desafiando las miradas en torno, se alejó hacia el montón de carne alzando a su paso nubes de gruesos moscardones dispuesto a arrancar la tajada mejor.

Luego llegaban las mujeres lamentándose como en un entierro, cargadas de razones como la falta de agua, aquel sol de castigo capaz de hacer enloquecer a hombres y reses bajo

un cielo eternamente añil. Cuando por fin callaron, una voz murmuró:

—Veremos si mañana alguien puja por esto, aunque yo creo que maldito si sacamos algo.

—¿Qué vamos a sacar? Por los pellejos, cuatro cuartos.

—Lo que sea —respondió el de antes— con tal de no dejarlo ahí. Solo sirve para traer alimañas.

No fue preciso anunciar la subasta. Muy de mañana gente del Arrabal y los vecinos caseríos se hallaban presentes en torno a la quebrada, con fardeles y sacos dispuestos a cargar cuanto pudieran a lomos de sus ruines caballos. En silenciosa ceremonia hundían sus cuchillos afilados entre tendones y costillas, vigilados desde las nubes por la pareja real y su clan de vasallos.

Con los recién llegados vinieron noticias de manadas de lobos a los que aquella sequía sacó de sus guaridas empujándoles montaña abajo, en tanto el río, como las mismas fuentes, comenzaba a menguar mostrando al cielo su vientre repleto de pescados. En presas y canales rebosantes de limo aparecían muertas bandadas de libélulas pegadas a los muros de las Caldas, en las que era preciso escatimar el pan.

—Mientras no falte el agua —aseguraba el ama—, aquí estaremos. Luego Dios dirá.

Mas el agua no se agotaba; el baño de la infanta mantenía vivo su canal en tanto los enfermos soportaban curas más breves cada día, tanta era su fe en ella o, al menos, su afán de mejorar aun a costa de continuas privaciones.

—En tanto no se seque el manantial, yo sigo aquí —solían afirmar si se les preguntaba. Y allí continuaban, imitando al médico, que también a su modo resistía tomando el pulso a los

enfermos, recetando vasos o jugando su partida habitual de dominó con el capellán.

En la penumbra del comedor vacío donde las voces de los enfermos no llegaban, los dos continuaban su eterno desafío, ajenos al tiempo, al nivel cada vez más menguado del río. Era un absurdo mano a mano prolongado por ambos hasta el infinito, manejar las fichas, alzarlas, derribarlas, revolverlas, estudiarlas como si de ellas dependiera la salud o la vida de tantos enfermos a su cargo.

Con la dueña, en cambio, sí conversaba el doctor a ratos, incluso a propósito de aquellos benditos caballos.

—Sí, señora; cien años antes de Cristo ya andaban por aquí.

—Muchos me parecen.

—Los mejores tenían una estrella en la frente, lo mismo que los santos. Figúrese si serían famosos —reía entre dientes—, que a alguno hasta le hicieron un altar.

—¿Qué se puede esperar de unos bárbaros?

Mas las palabras de la dueña no apagaban el entusiasmo del médico, que Martín atento escuchaba inventándose tareas que le obligaran a prolongar su tiempo cerca de los dos.

—Tan buenos eran, que llamaban la atención de los mismos romanos.

—Ellos tendrían los suyos —replicaba la dueña bostezando.

—Pero no tan duros ni tan fuertes. Sus dueños llegaban a beber su sangre para sanar alguna de sus enfermedades.

—¡Qué porquería! Hasta su carne comerían.

—¿Por qué no? Era su comunión, su eucaristía.

—¡Qué cosas tiene! No sabe lo que dice.

—¿Por qué? Para sus amos eran dioses también. No hay más que ver sus sepulturas. Si quiere verlas, un día se las traigo.

—Deje, deje; no estoy yo ahora para pasar revista a sus postales. Otra tarde será.

En el laboratorio estaban, Martín las había visto alguna vez entre libros y análisis, borradas a medias por el polvo y las moscas, quizás compradas en algún viejo negocio. En ellas aparecían los padres de los que ahora vivían en el monte con una explicación al pie cuyo significado nunca se atrevió a preguntar. Todo ello, trotes, santos, sangres y recios galopes, bullían en su mente cada vez que era preciso subirlos a sus pastos. Con la sequía de aquel año, casi una vez a la semana, la voz del ama podía sonar a cualquier hora.

—Martín.

—Mándeme, señora.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

Había que acercarse al pilón de la fuente, obligarles a apartarse del agua y encaminarlos cuesta arriba a través de los bosques de avellanos.

La última vez, a punto de dejar atrás el Arrabal, de nuevo encontró a Marian a la puerta de su casa en obras. Como un buen patrón, ayudaba en lo que podía a los peones que colocaban nuevas vigas en el techo.

—¿Cómo va esa obra? —le preguntó Martín.

—Hoy ponemos el ramo, me parece.

Martín quedó un instante pensativo para preguntar luego de repente:

—¿Por qué no vienes conmigo? Dentro de un rato estás de vuelta.

Marian lanzó un vistazo a los dos peones.

—A lo mejor me necesitan.

—¿Necesitarte a ti? —la miró dudando—. ¿No tendrás miedo?

—¿Miedo? ¿De qué?

—Lo mismo digo yo. Vámonos.

Habían salido con los postreros rayos de sol dorando la piel de Marian, invitando a ciegos combates en torno de sus pechos, sobre el pequeño bosque donde el amor hacía su nido. Ahora, según caminaban juntos los dos y a medida que aquel rojo tizón se escondía, más allá de los oscuros avellanos, los caballos se alzaban a ratos en un relámpago de amor que dejaba al macho exhausto y a la hembra indiferente. Martín los miraba de soslayo; Marian no decía palabra, ni siquiera sintiendo su boca cerca de su boca, sus labios y sus dientes en una vieja ceremonia de dolor y pasión. Tan solo torció el gesto en una mueca dolorosa. De todos modos, debía esperarlo, incluso el otro amor arrancado después, a golpe de sollozos y suspiros.

Martín, luego, vacío, sobre el césped, se decía que con ella el amor era otra cosa; no aquel de la señora, entre cuyos brazos no se sentía renacido sino tenso, esclavo de sus juegos, sobre la huella de antiguos amantes no del todo olvidados ni perdidos.

De noche, cuando le recibía, aun después de una dura jornada, parecía cambiada; no era la misma ama firme y altiva sino, por el contrario, cordial y acogedora en el blando sendero de la alcoba.

—¿Cómo tardaste tanto?

—A última hora tuve que echar una mano en la cocina.

—Eso es cosa de mujeres —la señora lo atraía hacia sí—; tú eres un hombre, ¿no?



—¡Si no lo sabe usted!

—Pues mejor lo demuestras otra vez.

Y, sentándose en el borde de la cama, a poco los dos quedaban desnudos en el fresco cobijo de la sábanas.